

LA COMUNIDAD, EL PARENTESCO Y LOS PATRONES DE
CRIANZA ANDINOS

Alejandro Ortiz Rescaniere

El presente artículo es la continuación de uno aparecido en el número anterior de la revista *Anthropologica*: "La familia y la comunidad campesina de las regiones altas. Características y tendencias". Ése trabajo constituyó un esfuerzo por mostrar los rasgos más estables y generales de las comunidades alto andinas; se intentó además señalar algunos de los problemas y posibilidades de las mismas. En este segundo artículo vamos a tratar de dos otros niveles de la sociedad y de la cultura andina: el parentesco y los patrones de crianza. En verdad, con la institución de la comunidad, forman un conjunto. Al menos es así como mejor podemos comprender estos tres fenómenos, como interdependientes.

Las observaciones sobre el parentesco y los patrones de crianza son fruto de nuestra experiencia personal. Pero hubo un libro cuya lectura nos ha guiado y enriquecido en la reflexión sobre el parentesco, la edición de Enrique Mayer y Ralph Bolton, *Parentesco y matrimonio en los Andes*. Este rico volumen no ha tenido talvez la difusión y el reconocimiento debido en el medio andinista; quizá se deba a su endeble versión castellana. Valga el presente artículo nuestro como homenaje a ese texto, a sus editores y colaboradores.

EL PARENTESCO ANDINO

Está estructurado siguiendo el principio que en antropología se conoce como bilateral: el individuo se halla vinculado con los descendientes de unos ancestros comunes, sin tener en cuenta si se establece nexos genealógicos a través de los hombres o mujeres. En otras palabras, yo reconozco como parientes de sangre —o consanguíneos— a los descendientes de mis ancestros paternos y maternos. El parentesco bilateral propicia unas redes de relaciones de parentesco flexibles, que se adaptan a los diversos requerimientos económicos y tecnológicos. Por eso, donde hay un sistema bilateral encontraremos con frecuencia concreciones singulares, numerosas variables. Y esto es lo que sucede en el área andina. Otra característica de este tipo de parentesco es el hecho que la familia conyugal o nuclear es la instancia parental prioritaria.

LA TERMINOLOGIA DEL PARENTESCO

El léxico utilizado por los andinos en su habla vernácula confirma y avala la estructura bilateral. Si bien el conjunto terminológico es percibido como una unidad, emplean dos órdenes léxicos —uno en lengua indígena, otro, en español—. El del quechua corresponde al que se conoce en la literatura antropológica como *hawaiano*; el del castellano, al llamado *esquimal*. La terminología hawaiana indica el sexo y la generación, mas no los colaterales. Así, en quechua, con un vocablo se especificará el sexo de quien habla y el sexo a quien se habla, y se usará la misma palabra para todo colateral. Por ejemplo, si yo soy hombre y me dirijo a mi hermano, le llamaré *wauqey*, y emplearé el mismo término para mis primos del mismo sexo. Este orden tiene la ventaja de convertir en virtuales parientes a terceros: todos los de mi generación pueden ser llamados -y a veces tratados como "hermanos"; los de la generación de mis padres, pueden ser "mis papás o mamás" o "mis tíos". Es un orden que indica y propicia flexibilidad y reacomodos circunstanciales. La terminología castellana indica sexo, generación y posición colateral: se distingue la hermana de la prima, el padre de un tío. Este orden refuerza el anterior. La combinación de ambos marca grados y niveles de solidaridad y proximidad en la red de parentesco: en la familia nuclear sólo se emplean los términos aymaras o quechuas; los españoles se utilizan en exclusividad para referirse y dirigirse a los parientes descendientes de la segunda generación y para la parentela más alejada. Se recurre a ambos órdenes para tratar a las familias nucleares de los hijos de los padres carnales y políuticos (mis hermanos independientes y mis cuñados). De esta manera los términos quechuas o aymaras indican una mayor proximidad parental; y a medida que nos alejamos del núcleo (es decir, del grupo conyugal), van apareciendo los términos castellanos. Este doble sistema terminológico funciona en contextos donde el idioma usual es el vernáculo.

LA FAMILIA

Posee dos tipos de organización: la familia nuclear y la extensa. La familia nuclear es el grupo parental compuesto por padres e hijos solteros. A veces cuenta además con algunos miembros suplementarios: abuelo, sobrino, hermano... Constituye una unidad económica y tienen un espacio propio: el hogar. Se designa con el nombre de familia extensa a las formas corporadas de interacción entre varios núcleos familiares; los mismos que están unidos por un padre (madre o ambos a la vez), o por uno o unos abuelos comunes. Es pues la interacción corporada de padres e hijos independizados y entre hermanos que, al mismo tiempo y por su lado, poseen su propio hogar. Constituye también una unidad económica.

LA FAMILIA NUCLEAR

Es la institución parental más importante. Dede el punto de vista emocional y económico prima sobre la forma de organización extensa. Además, a diferencia

de esta última, su acción es constante en el tiempo y posee un territorio más nítidamente definido. En efecto, los lazos de hermandad del tipo extenso, se materializan en lo económico en circunstancias precisas y puntuales (mientras que exista una heredad común por la cual hay que velar y, algún día repartir, cuando un hermano necesita la cooperación de sus pares: a la hora de la cosecha, de los estudios de un hijo, de una desgracia, de un negocio, de pasar un cargo político o religioso).

La unidad doméstica se basa idealmente, y por lo general, en la familia nuclear, y más precisamente, en la pareja conyugal. Controla los recursos productivos y la distribución de bienes de consumo. El andino percibe a la pareja de la unidad doméstica, y no tanto al individuo, como la entidad protagonista de las actuaciones económicas, sociales y ceremoniales. Toda pareja conyugal aspira a convertirse en unidad doméstica, autosuficiente. Y para eso sigue distintas estrategias, socialmente pautadas, pero también adaptadas a las peculiaridades de la zona y a la situación de la unidad doméstica. La autonomía económica de este núcleo es una meta difícil de lograr: el territorio de la comunidad sólo abarca unos cuantos pisos ecológicos, y por lo tanto su producción no cubre el universo corriente de bienes. Para compensar tales limitaciones, la unidad doméstica se valdrá de las redes de intercambio tradicional y de mercado interzonal que su comunidad ofrece. Pero la familia conyugal puede ir aún más allá; como intentar nuevas estrategias de autonomía y, si es el caso, de supervivencia: adquisición y diversificación de técnicas productivas, migración, ascenso social -vía cambio de opciones socio culturales. Todas estas tácticas de renovación en busca de solidez y de supervivencia se realizan incursionado en las instituciones nacionales (la escuela, el mercado, el ejército...). Tales tareas de afianzamiento tratarán de ser llevadas a cabo mediante el establecimiento y el refuerzo de las relaciones interpersonales (aquellas que los antropólogos suelen llamar "cara a cara"); y más aún, creando y extendiendo a propósito un tipo de vínculo parental: el compadrazgo.

EL CICLO DE LA UNIDAD DOMESTICA. SUS RELACIONES CON LA FAMILIA EXTENSA

La consolidación emocional, social y económica de la familia nuclear se realiza siguiendo un largo proceso. Empieza con un matrimonio por etapas que puede tomar varios años. La nueva pareja se va desprendiendo poco a poco de sus padres; sus bienes se van precisando y tornándose autónomos. La unidad doméstica empieza realmente cuando se establece en una casa aparte. Los momentos y períodos de la evolución de la familia nuclear promedio pueden ser resumidos:

1. *Búsqueda y amores*

Dos son las circunstancias en que los jóvenes suelen encontrarse y empezar sus juegos amorosos: durante las fiestas (sobre todo en los carnavales y en las cosechas) y cuando decaen las actividades agrícolas y el pastoreo deviene en una tarea

principal. Como veremos más adelante, los niños desde que pueden andar solos fuera de casa forman pandillas de amigos de ambos sexos. Juegan juntos, con marcada independencia frente a los adultos. Este estilo de vida relativamente separado de los adultos se prolonga hasta que empiezan a surgir y precisarse la curiosidad y la atracción por el otro sexo. Los folcloristas han subrayado la rudeza del cortejo. Tal apreciación nos parece doblemente parcial: es etnocéntrica pues responde a una implícita comparación con los hábitos correspondientes citadinos y "bien educados"; presenta además un aspecto del asunto, el que más puede asombrar, sino chocar, al lector. El comienzo es difícil de observar: el joven o la muchacha, o ambos a la vez, empiezan a tratar de hacer gala de sus habilidades intelectuales, sociales, manuales. Delante de la amiga o amigo se mostrará interesante. Se visten de una manera graciosa y atractiva. Así, las jovencitas de todo el sur andino peruano se tejen unas cintas multicolores que prenden en su montera, adornan su sombrero con flores; los muchachos de los pueblecitos ayacuchanos a veces lucen alguna prenda de los mestizos: un par de zapatillas blancas, un pañuelo que anudan al cuello, y hasta pueden llevar puestas unas gafas para el sol. En las comunidades más tradicionales del Cuzco los mozos oran sus chullos con cintas y botones. El comportamiento también muda: en casa y con los mayores la muchacha se muestra hacendosa, se ocupa de sus menores hermanos "como una verdadera madre". No para de laborar y sin embargo anda siempre bien cuidada de su persona. Pero con las amigas es diferente. Para empezar, ahora prefiere dejar de lado a los amigos: o se han vuelto "atrevidos", o ya no son buenos confidentes, pues chismean entre ellos y "le cuentan todo a él". Con sus amigas secretean, se ríen, se ponen nerviosas o altaneras cuando pasan delante de un grupo de mozos.

El mozo aparenta soledad. Continúa con los compañeros de la pandilla, pero ahora es más selectivo y discreto. Podemos ver como va de paseo al pueblo vecino, tocando la quena o con su transistor a todo volumen (para que sepan a quienes concierna, que él anda por allí). En el sur andino peruano y en la parte correspondiente de Bolivia suele llevar un espejito. Sirve para jugar con los rayos del sol... y para deslumbrar a la amiga. Otro recurso es lanzarle piedrecillas (y no guijarros como afirma un folclorista tremendista; por otro lado, lanzarse piedras realmente peligrosas sería manifestación de rechazo o de otros sentimientos negativos). Si la niña muestra rubor, emprende la carrera, es buena señal. El muchacho tratará de acercarse y decirle alguno de esos cumplidos campesinos, del género: "Quiero robar tu corazón". Otro día será la joven que en voz alta y en su presencia diga a sus amigas que los muchachos son unos presumidos, ociosos, que sólo piensan en divertirse. Si se perciben a lo lejos, a solas, se lanzarán piedrecillas e intercambiarán insultos fingidos. En las épocas de carnaval y de cosechas estas guerras galantes pero solitarias, podrán tomarse más formales y visibles: entonces se organizan pandillas de un solo género, se buscan y guapean mutuamente. En algunas regiones, como en Cuzco, estos careos son cantados, con versos más o menos improvisados. A veces, sobre todo en carnavales, llegan a agredir a algún solitario y desprevenido del sexo opuesto.

Si las simpatías mutuas prosperan, el muchacho aprovechará cuando la vea sola para arrebatárle la montera u otra prenda. Si ella permite el hurto, tanto mejor. En otra ocasión, y luego de las habladurillas entre los respectivos amigos, ella le reclamará lo que es suyo. Si bien lo usual es una discusión airada —a veces en presencia de algunos amigos— el curso, y sobre todo, el desenlace dependerá del temperamento de ambos.

Luego de amarse, elegirán algún escondite en el campo que les sirva para continuar y madurar sus relaciones. Entonces conversarán seriamente, harán proyectos comunes, se darán promesas. Es en esta época que ambos se muestran mutuamente y a sus mayores cuan serios y laboriosos son. Hasta entonces no comunican nada del asunto a sus padres, ni a sus hermanos. Tal vez, sí, un hermano sea confidente y testigo de lo que ocurre. Tal vez el rumor exterior, las bromas de los hermanitos, y otros signos den indicios a los padres. Otro confidente usual es el amigo y hermano de la pretendida, y viceversa.

Por lo general, termina esta fase cuando la chica sale encinta; aunque puede acabar antes. Si las relaciones fracasan, nadie le dirá nada en casa, esté en cinta o no. Y más tarde ambos reiniciarán el juego con otras personas.

Este primer período de tanteos y encuentros se caracteriza por la soledad, la distancia y el aspecto de contrapunto y competencia. De alguna manera estos rasgos prefiguran lo que debe ser la unidad conyugal. La discreción, lo secreto que envuelve el germen de la alianza primaria representa como prepara a la nueva pareja a la forja e interiorización de lo que debe ser una pareja, luego su hogar, un ámbito solidario frente al resto de la parentela y del mundo. El estilo distanciado, la expresión de los sentimientos amorosos casi furtiva es también una práctica, un aprendizaje de otra cualidad básica de la pareja: el andino (como los amerindios en general) no gusta mostrar, aún menos ostentar, ante terceros gestos de amor hacia su pareja. Los afectos se exteriorizan en la intimidad, no es asunto que deba presenciar otros, incluso hasta los hijos. Esta disposición fundamental sella en verdad la idiosincrasia andina: parca, discreta; pero con estallidos esporádicos como intensos de humor. La competencia casi agresiva es asimismo un reflejo y aprendizaje de otra traza de la naturaleza de la familia como de la sociedad andinas: si bien la pareja debe ser solidaria, su dinámica se da en un continuo juego de competencia y hasta rivalidad mutuas. El equilibrio es tenso, por momentos parece frágil. Sin embargo las unidades domésticas rara vez se disuelven por la voluntad de sus miembros. Este es pues un estilo, no el signo de una decadencia. Por lo demás, los pueblos de esta región siguen este mismo estilo básico: en época de siembra, quién será el hombre que abra más rápido los mejores surcos; las mujeres, la más suculenta merienda. Entonces, quienes trabajan mejor: los hombres o las mujeres. Y los del barrio de arriba ¿lo hacen mejor que nosotros? Y los del pueblo del frente? Esta dinámica se repite en la vida diaria, en las relaciones interpersonales, familiares, de barrio, en las grandes co-

mo pequeñas labores, en las fiestas... La pareja fundamenta tal naturaleza; los primeros amores, la inician.

Es señal para la pareja que esta época toca a su fin, cuando la mujer cesa de menstruar. El joven le dirá que ya "la llenó" (se suele pensar que la concepción necesita de la relación sexual repetida con un sólo hombre; "estar llena" significa que tal ciclo ha sido colmado).

2. *Rimanakuy o rimaykukuy.*

Las dos familias se reúnen. Se pide la mano de la joven. Se discuten cuestiones prácticas y se expresan sentimientos.

En el *rimanakuy* se trata directamente o no, según el caso, de los requerimientos elementales para la unión; luego, sobre las preferencias tanto sociales como de los padres. En los Andes no es aceptable una unión conyugal: entre padres e hijos, abuelos y nietos, entre hermanos, primos hermanos, con los tíos, compadres y padrinos. En unas comunidades la prohibición incluye a los primos segundos y a los próximos parientes de los compadres-ahijados; en otras, éstas no son aconsejables. Existe también una serie de preferencias generales: es bueno escoger pareja con alguien del propio pueblo (por ejemplo, del barrio de al frente) o de algún anexo. A veces es bueno el matrimonio con alguien de un pueblo vecino que posee otro tipo de tierras y de bienes. Las conveniencias sociales y económicas son múltiples, juegan un rol importante en la selección y en las preferencias. Para un indígena una unión con un mestizo o con un forastero "de sabe Dios dónde" no es en principio recomendable. La unión que implique el refuerzo de dos grupos de familias que ya son próximas por anteriores alianzas matrimoniales, por negocios... será bienvenida, como también la que signifique un acceso y complementación de bienes (por ejemplo, la familia de la novia posee tierras con frutales; la del novio, ganado y campos de papa en las alturas).

El matrimonio andino es del tipo que se conoce como complejo, es decir, que la selección sigue criterios de diversa índole; no se prescribe la unión entre miembros al interior de sub grupos o clases matrimoniales. A parte de las reglas del incesto, sólo encontramos una preferencia (no indica una obligación sino una complacencia) por el matrimonio endogámico -al interior de la comunidad o de un grupo vecino.

En el *rimanakuy* se examinan y arreglan aquellos asuntos. Las familias de los novios se reúnen y tratan de las conveniencias para ambos grupos, las personales, económicas, prácticas y subjetivas de la unión. Pero el *rimanakuy* no es sólo una transacción. Es también una ceremonia que prepara y marca un importante cambio en la vida de los dos jóvenes y en la de sus respectivas familias.

El procedimiento en su aspecto más formal es el siguiente: 1. Ambas familias se enteran por sus hijos del estado de sus vínculos y de su decisión de unirse. En pocos casos y lugares, la familia paterna tomará la iniciativa o impondrá sus preferencias matrimoniales a sus hijos. En general los padres juzgarán sobre la conveniencia o no del matrimonio; pero la decisión final no les pertenece, en principio. 2. Los padres de la novia muestran inquietud, pena, a menudo también una cierta antipatía por el pretendiente y su familia. 3. Los padres del pretendiente realizan con él una visita solemne a la casa de la joven. 4. En ésta, y a menudo en sucesivas como prolongadas visitas, se liman las asperezas, se llega al acuerdo capital y a otros de diversa índole. 5. La novia se va a vivir a casa de los padres del novio. Rara vez, por conveniencias de orden económico o práctico, sucede al revés. A veces el viaje de la casa de los padres maternos a los paternos, reviste la forma ceremonial de un rapto por parte del novio (que puede ser asistido por su familia).

Desde el punto de vista emocional este período es difícil y poco grato para los novios. Para los padres tampoco es fácil: sienten que pierden un miembro de la familia —de su familia que tanto trabajo les costó construir— y parte de los bienes que deberán ceder al hijo y a la hija que empiezan a alejarse. Los padres, sobre todo los de la chica, mostrarán reticencia, desconfianza, malhumor. Los del pretendiente asumen el rol de solícitos demandantes: elogian a la moza, no sin señalar de paso, las virtudes del muchacho y los bienes que le cederán. Pero nadie está contento. Los novios se mantienen distantes, formales, apenas si hablan o se miran entre sí. En algunas comunidades es el joven quien pide directamente la mano de la novia. Los padres de la joven suelen plantear problemas y fingir rechazo. Los del pretendiente, a veces él mismo, invitan bebidas, coca, cigarrillos a la reticente familia. Cuando las cuestiones de diverso orden de la futura pareja se han acordado, viene el momento más dramático: la novia debe de dejar la casa de los padres. Ellos lloran (tratando de hacerlo ritualmente). En algunas regiones de Ayacucho los padres se despiden de su hija con unos cantos famosos por su tristeza. A veces, de la pena se pasa a un arrebato de ira y tratan de impedir la partida. La novia se conmueve y además teme la casa donde irá.

La combinación de formalidad, sentido pragmático y tensión emocional son propios de esta fase de la constitución del vínculo conyugal. La formalidad ceremonial, como el tener que tratar de cuestiones prácticas y concretas, sin duda atemperan los sentimientos vivos de zozobra y dolor que significa para los padres y novios el cambio. Con estas actitudes los padres parecieran mostrar a sus hijos la fuerza que tiene la familia nuclear, y lo duro que es percibir un signo anunciador de su fin inevitable.¹

1. En algunas regiones del sur andino el rapto de la novia precede o inicia el proceso del *rimanakuy*. Esto ocurre cuando dos comunidades suelen intercambiar mujeres. En cierto momento del año la familia del novio "ataca" a la de la novia. Esta práctica puede te-

3. *El servinakuy o watanaki*

Es cuando la novia —raras veces él— viven en casa de los suegros. Ambos están bajo la autoridad de los padres, dueños de casa. La duración del período va de un mes a dieciséis meses (en ciertos casos, puede prolongarse por varios años). En general, el nacimiento del primer bebé coincide con un cierto afianzamiento emocional y económico de la pareja. Entonces partirán a fundar su propia unidad doméstica. En algunos casos, por ejemplo, en las sociedades de pastores de altura, tal proceso requerirá prolongarse por razones económicas hasta el destete del niño, incluso, hasta la ceremonia de su primer corte de pelo, o aún habrá que esperar más.

Después de la época de los encuentros competitivos, un tanto salvajes pero íntimos, que protagonizaron los enamorados, vino la ceremonia y tratativas del *rimanakuy* -donde fueron los padres que jugaron un rol dominante, y ellos un rol pasivo. El *servinakuy* significa una búsqueda de equilibrio, una síntesis de los dos momentos precedentes, en la marcha de la socialización o domesticación de la pareja.

Los padres procurarán mantener su rol protagónico y retener el mayor tiempo posible a la pareja y sus bienes. Esta última no volverá a recuperar más su exaltante soledad primera, pero emergerá del *servinakuy* temperada, como una entidad reconocida, autónoma, que, en adelante, deberá tratar, negociar, transar, con el resto de los parientes y de la sociedad.

Se ha afirmado que el *servinakuy* es un matrimonio de prueba. Lo es. Pero no tanto en el sentido que se le ha dado: como un ensayo previo al matrimonio religioso. En verdad, toda la vida matrimonial es sentida por los andinos como un constante probar su unidad; siempre, y no sólo antes de la ceremonia católica. Los primeros encuentros ya revisten un carácter de reto. Es evidente que la relación es más frágil en sus inicios. A medida que la pareja salva las etapas y sus dificultades, mostrará su consistencia y será cada vez más remota la posibilidad que opte por la disolución. Podrá ser sólida pero siempre tenderá a guardar su espíritu de competencia y rivalidad -al interior de su núcleo primario y frente al resto de la sociedad.

ner un carácter más amplio: los jóvenes casaderos y sus familiares arremeten contra los mozos de la otra comunidad. A veces estas luchas revisten un aspecto solemne. El curso y la suerte de la batalla ritual no solo va a marcar el inicio del *rimanakuy* sino que es comprendido como augurio y señal del futuro —estacional, ganadero, agrícola, familiar—. Cuando el rapto reviste este aspecto general, se le suele conocer con el nombre de *chiaraje*. Los vencedores, luego de robar a sus enamoradas (o de haberse conseguido una en el fragor de la contienda), irán con sus padres a casa de la "agraviada", para empezar las visitas y conversaciones propias del *rimanakuy*. Es de notar que durante la lucha se enfrentaron los futuros hermanos políticos; es decir, se insultaron y aporrearon aquellos que muy probablemente llegarán a ser cuñados, que son parientes que se suelen tener especial estima.

Este es un período en que se establecen nuevos lazos familiares; entraña una modificación del conjunto de la parentela. Los padres y hermanos políticos irán tomando una fisonomía particular, y por lo general preponderante en el seno del parentesco. El vínculo entre cuñados tiene especial importancia en los Andes. Durante el *servinakuy* el novio deberá mostrar a sus nuevos familiares políticos que posee un carácter positivo, que es cooperador, solidario y, sobre todo, que es trabajador. Estas demostraciones, en especial las de labor, pueden tomar un carácter ceremonioso y hasta ritual.

El *servinakuy* es una de las más duras pruebas a que se somete la pareja conyugal. No se trata de una ceremonia, sino de una demostración constante de tenacidad, solvencia emocional y madurez. El joven esposo estará sometido a la tutoría paterna en cuestiones económicas y aún sociales. Trabaja por el padre con seriedad. Además irá —voluntariamente— a prestar servicio en algunas labores a sus suegros, y también cuñados. Así tratará de demostrar que pronto será merecedor de tener su propio hogar, y que ya pueden sus padres ir dándole los bienes que pactaron en el *rimanakuy*. Sus padres le pueden mostrar una cierta frialdad o resentimiento ("¿Así que se va con esa, y nos deja; a mi que lo crié dándole todo?"). Con su familia política difícilmente habrá hostilidad declarada; pero es difícil encontrar en ellos simpatía por quien se "ha robado" a su hija o hermana (a no ser que el novio sea un buen partido económico).

La mujer tendrá una labor sin duda más ingrata. Está lejos del hogar paterno. A parte de demostrar a su suegra sus habilidades y dedicación en las cosas del hogar, tendrá que soportar su frialdad, su velado rechazo. Por añadidura carga consigo las penas del embarazo, del parto y las preocupaciones de la maternidad primeriza. En fin, cuenta con la intimidad de las noches con su esposo, y su bebé, que, eso sí, nadie más que ellos, tocan y miran (y aún, el marido lo hará con discreción).

Pero no todas son tribulaciones. La pareja encuentra a lo largo de esta época otras compensaciones a parte de su propia intimidad. Es posible que la joven esposa sea desde niña amiga de una de sus cuñadas solteras. Tal vez fue también ella su principal confidente cuando los retos y encuentros furtivos. Entonces ahora será una discreta pero eficaz aliada (por lo menos en el terreno de los afectos). Otra posibilidad es que alguno de los propios hermanos de la esposa esté casado con una de sus cuñadas. Lo mismo e inversamente puede ocurrir por el lado del esposo. Tales situaciones tienden a menguar la severidad de los dueños de casa (por ejemplo, si se la tratara con rudeza, el hermano de la recién casada podría verse tentado en tomar represalias con su propia esposa). Circunstancias de este tipo se presentan con alguna frecuencia: el intercambio matrimonial entre los hermanos de dos familias es considerado deseable.

Otro momento positivo para la pareja en *servinakuy* es cuando los padres ceden de hecho algún bien a uno de los hijos recién casados. Pero esta posesión y usufructo real ocurre sobre todo cuando la pareja funda su propio hogar.

Pero hay dos acontecimientos que son, sin duda, los más positivos para la pareja: el nacimiento del primer hijo; y cuando el joven termina por estar "siempre de lado" de su esposa en toda tensión familiar. Ambos sucesos terminarán por menguar las tensiones y equilibrar las relaciones entre la nueva pareja y sus hogares de origen. Más adelante trataremos sobre la significación y consecuencias que tiene la paternidad para el andino. Sólo adelantaremos que el advenimiento del primer hijo ("logrado", es decir, que sobrepasa el destete) trae consigo un cambio fundamental de categoría social para los padres: desde ahora serán tratados y considerados como *runa* (hombre) y *warma* (mujer). Cuando así han probado, a la par que su cabal hombría, su solidez conyugal al ser padres y al hacer frente común ante los retos impuestos por las familias paternas, estarán entonces expeditos para construir su propia unidad doméstica. Sólo por razones económicas o prácticas prolongarán por más tiempo la convivencia con los padres del novio.

En resumen, el *servinakuy* es una larga prueba a que se somete la nueva pareja. Esta socialización es dirigida por los padres y suegros en negativo; es decir, por medio de una actitud constante de severidad, de crítica, de intentos más o menos velados por quebrantar la unión; los padres no ceden sus bienes sino es gracias a la perseverancia de los hijos casados; a veces los padres —sobre todo, la madre y suegra— plantearán problemas de orden afectivo (del tipo: provocar un conflicto doméstico para luego lanzar entre sollozos un: "¿Estás con esa que me hace esto; o conmigo, que soy tu madre y te dio de mi pecho?"). Cada obstáculo que vence la pareja mejora su posición.

Pasadas estas pruebas, la pareja conyugal sale reforzada con un bebe y reconocida como gente que demostró no quererse separar.

4. *La unidad doméstica*

Acabado el *servinakuy*, la familia se traslada a su hogar. Adquiere así su propio ámbito, su territorio. Los padrinos, hermanos, cuñados, la comunidad, le construyen la casa. Esta labor, a la par de tener un fin preciso, la edificación, sirve para cristalizar, operar los vínculos sociales en torno a la joven familia. De alguna manera estas relaciones también son nuevas, como el edificio que levantan, pues suponen un reordenamiento y redefinición con respecto a los recién establecidos: ahora deben entrar en cooperación familiar puesto que hasta antes mantenían relaciones nulas o distantes. Durante el *servinakuy* las relaciones fueron sobre todo ceremoniales y para algunas transacciones sobre los bienes a ceder a la pareja. Durante la construcción de la vivienda lo ceremonial irá de par con lo práctico. Los hermanos casados, los propios padres y sus equivalentes políticos, estarán emparentados entre sí;

y modificarán su actitud ante la pareja: en adelante los percibirán y, en consecuencia serán tratados como entes autónomos y potenciales socios en múltiples asuntos.

El matrimonio católico confirma la solidez y valía de la familia. Según las regiones, condiciones económicas y costumbres, se realiza en diferentes momentos de la constitución de la familia nuclear. Puede incluso preceder al *servinakuy*, como puede ocurrir tarde o jamás. Tal vez lo más usual es que se lleve a cabo poco después de la construcción de la casa. En algunas regiones del sur andino peruano y Andes bolivianos, esta ceremonia es seguida de otras de corte acentuadamente indígena.

Conforme se casan los hijos, los padres van perdiendo tierras y animales. Si los medios económicos son suficientes, suelen retener para sí una parte equivalente al total cedido a sus hijos independizados. El hijo o hija menores o el último en casarse por lo general se queda indefinidamente con sus padres. Por los cuidados que les presta, participa en el usufructo de los bienes retenidos por los padres, y más tarde los hermanos le reconocerán la propiedad de la casa paterna y hasta una porción o toda la parte que los padres conservaron para sí hasta el final.

Si bien la unidad doméstica andina parece ser más sólida que la de nuestras áreas urbanas y suburbanas, el espíritu y la práctica de la competencia nunca los abandona. Siempre el uno critica al otro, dice que trabaja mejor, que es un borracho, etc. Si a esta inclinación añadimos el estilo afectivo discreto, distante y hasta agresivo, más los constantes viajes que realiza el marido, un observador ciudadano puede tener la impresión que está ante familias frágiles y en constante crisis.

En resumen, la pareja se encontró en la soledad, luego fue pobre y dependiente, después adquirió autonomía, riqueza y prestigio; al final tiende a volver a la pobreza y a una relativa soledad. Este ciclo —soledad, pobreza, dependencia, domesticación, autonomía, riqueza económica y social, y reversión de los términos— es percibido por los andinos claramente como un ideal: un buen anciano ha de ser pobre; un buen adulto, acomodado y sociable; un joven debe ser "altivo y rebelde". Alejarse de este modelo, es sentido como una desgracia: un anciano rico es un avaro; un adulto pobre, un ocioso o pecador; un muchacho demasiado sumiso, será un débil sin futuro.

A medida que los andinos intensifican su participación en la economía nacional y de mercado, estos modelos serán más difíciles de lograr: la acumulación de riqueza desigualmente repartida, la migración... traen consigo que, por ejemplo, hayan padres suficientemente acomodados como para que continúen ricos en la ancianidad, y que sus hijos a penas casados, ya posean considerables bienes gracias a los padres.²

2. Quisiéramos señalar algunos aspectos rituales del matrimonio andino. Como hemos visto, la unión de la pareja andina se da durante un largo y complejo proceso. Por lo

mismo, no puede considerarse que el conjunto sea un rito; en ese período entran en juego diversas cuestiones de orden afectivo, social, económico, religioso..., las que sobrepasan las formas y objetivos propios del rito. Pero si bien el matrimonio no es un rito, posee varios momentos y aspectos rituales. Veamos.

En la primera etapa, la de los amores furtivos, tiene una característica general: la marginación. Alejados de los adultos, los jóvenes ensayan su futura vida social, se inician en los misterios del sexo, encuentran su pareja. Este procedimiento recuerda los ritos de pubertad practicados por numerosos pueblos, como es el caso de los amazónicos occidentales, vecinos de los andinos. Una parte central de estos ritos consiste en aislar o marginar a los adolescentes. Entonces algún adulto los instruye e informa de ciertos conocimientos y secretos propios de los mayores. Los contenidos de la enseñanza variarán según el sexo y la posición social del neófito. Si bien en el aislamiento los muchachos andinos se instruyen e inician en las cosas de los mayores, no existe una suerte de padrino o guía adulta. El aprendizaje discurre dentro de un estilo espontáneo, sin una dirección formal. Ocasionalmente uno de los jóvenes podrá recurrir al auxilio de alguna triquiñuela mágica para conseguir o reforzar una relación amorosa. La pareja podrá recurrir también a un juramento secreto ante la imagen de un santo para afianzar sus lazos. Pero el período en su conjunto no tiene la formalidad, la manera estereotipada y reiterativa propias de las actuaciones rituales.

En contraste con el período inicial, el *rimanakuy* puede ser calificado de ritual. Los primeros rechazos, los parlamentos, las actitudes, incluso las tratativas y transacciones prácticas, la despedida de la novia o su raptó final (que a veces precede al *rimanakuy*), tienen un tono ceremonioso, estereotipado. Ocurre además en un tiempo y en un espacio precisos y están cargados de dramatismo teatral. Es además un ritual pues se afirma que si no se realizara de tal manera (y aunque se acordaran las cuestiones materiales de las partes) ese matrimonio tendría un mal comienzo, no estaría completo en su inicio mismo; sería pues un augurio negativo.

El *servinakuy* no es en su conjunto un ritual. Ocurre en un período indefinido. Su dinámica está centrada en la vida cotidiana, profana; es una prueba constante a la que están sometidos los novios. Con espíritu práctico, realismo y adquiriendo madurez, deben conquistar un espacio social, resolviendo los problemas menudos -concretos y afectivos- propios de esos inicios. En algunos lugares del sur peruano, ciertas demostraciones de solvencia laboral adquieren la forma de una competencia ceremonial: el novio mostrará su destreza, por ejemplo en el manejo del arado a través de un juego competitivo con los cuñados. Los padres de la novia asisten y harán comentarios ponderados sobre los resultados. En algunas ocasiones festivas la nuera prepara (con la ayuda de algunas discretas aliadas) una comilona que luego, en medio de risas y de chanzas, "obligará" a comer al suegro hasta atosigarlo para así mostrarle sus dotes de madre nutricia. También es posible que uno de los novios recurra a los de algún adivino o curandero para mejorar o aliviar las penalidades e inseguridades de esa época (como de la anterior). Pero el tono en general del *servinakuy* está marcado por el realismo de lo cotidiano.

El establecimiento de la unidad doméstica está marcada por varias ceremonias, entre las que destaca la del techado de la nueva casa. Es un rito. Los adultos del pueblo en su conjunto intervienen; techan el hogar. Es una fiesta religiosa: la sociedad reconoce la nueva familia, todos están invitados, hay padrinos del techado. En la cma colocan la cruz, una iglesita o unos toritos de barro, que bendicen y propician el bienestar de los dueños de casa. Así empieza la vida autónoma y adulta. Luego, o antes, y si es po-

LA FAMILIA EXTENSA

Los vínculos sociales y afectivos entre hermanos casados se refuerzan en la medida que sus padres estén vivos; entonces conservan la casa paterna como centro de reunión. La vecindad también contribuye a estrechar estos lazos.

Los padres son un motivo central de cooperación entre los hermanos casados. Al asegurarse con la retención de parte de los bienes los padres procuran así un interés suplementario para mantener la solidaridad entre los miembros de la antigua unidad doméstica.

Los hermanos casados recurren a la asistencia mutua con mayor frecuencia cuando están en *servinakuy* o recién casados, cuando los padres acaban de fallecer, si surgen dificultades en sus quehaceres productivos; asimismo, cuando un hermano muere dejando heredad e hijos menores. Por lo general, y según las conveniencias, el hermano mayor se hará cargo de los bienes de los huérfanos.

Los hermanos mayores tienden a tener mayor prestigio y autoridad: se espera de ellos consejos, mejores regalos, más ayuda y favores -que "algún día serán devueltos con creces". En cambio, los hermanos menores suelen ser el centro de los afectos.

La relación entre hermanos casados puede ser vivida o percibida como igualitaria o jerarquizada. Esta variación depende de factores extra parentales: situación económica de cada miembro, personalidad... Los vínculos preferenciales entre hermanos casados también están influidos por múltiples consideraciones de diferente índole.

Conforme los hermanos adquieren autonomía a través de sus respectivas unidades domésticas, la interrelación entre ellos tenderá a ser más selectiva, puntual y distante.

LA HERENCIA

El vínculo material más importante que une a los hermanos casados es sin duda la heredad que comparten. Los bienes que desde el "corte de pelo" hasta la

sible, vendrá la confirmación y coronación del nuevo hogar: los ritos del matrimonio religioso, el civil, y las "costumbres" que rodean aquella.

Durante todo este proceso de consolidación la pareja ha pasado entonces por momentos diferentes, unos más rituales que otros. El matrimonio andino pareciera seguir una dinámica que intercala los ritos y las ceremonias con las pruebas pragmáticas y profanas.

conformación de la unidad doméstica fueron siendo asignados a los hijos, no eran en verdad definitivos: los padres se sienten con derecho —excepcionalmente ejercido y ejecutado— de reclamar y recuperar un bien anteriormente asignado. Además, a menudo conservan legalmente los bienes totales hasta su muerte. Esta retención, si bien es ante todo formal, sirve para que los padres mantengan autoridad moral y efectiva sobre sus mayores hijos. Pueden, incluso, en algunas circunstancias modificar algunas asignaciones.

Sólo a la muerte de los padres, los hijos casados pueden tener acceso pleno a sus bienes. En las regiones de pastoreo y en las comunidades con escasos recursos, estos bienes pueden conservarse como unidad hasta la segunda generación.

Es regla genérica que los bienes heredados por cada uno de los esposos no se funden en el condominio conyugal: así, por ejemplo, son separados sus productos en el momento de la cosecha. En diversas regiones andinas sólo los bienes adquiridos (y no heredados) durante el matrimonio pertenecen al patrimonio común de la pareja. Los bienes de los adultos muertos sin dejar descendencia revierten a los padres o hermanos casados.

Luego de la muerte de los progenitores, cuando la heredad paternal se conserva como una unidad por años y aún por más de una generación, entonces el conjunto se convierte en una suerte de empresa o patrimonio explotado por los hermanos casados; y aún después, por sus descendientes. Si se da este último caso estaremos ante una suerte de grupo localizado, descendientes de un par de abuelos comunes, y trabajando unos bienes también comunes, que pertenecieron a esos ancestros. Tal suerte de sistema puede verse reforzado por una autoridad que coordina a los hermanos de las diversas unidades domésticas. Esta suerte de organización es más frecuente en las sociedades dedicadas al pastoreo; pues tal actividad implica una coordinación de los ciclos de pastoreo y agrario, lo cual supone una compleja división del tiempo y del trabajo.

En los grupos donde el pastoreo reviste una cierta importancia encontramos una estructura que los antropólogos llaman del tipo *lapón*: idealmente, la residencia es por el lado del padre, pero en la práctica la unidad doméstica se pliega por el lado parental que más convenga a sus actividades combinadas (pastoreo, agricultura). Incluso puede escoger una residencia realmente neo local, alejada de ambos lados (si, por ejemplo, esa unidad posee los bienes requeridos y un número suficiente de miembros en condiciones de laborar). Estas variaciones y flexibilidad se reflejan en los procedimientos de la herencia: sus reglas son más intrincadas y variadas que en las regiones más agrarias. Así, en algunas comunidades del Altiplano los hermanos mayores suelen heredar parte de los derechos y de la autoridad de los padres difuntos (la hermana mayor, los de la madre; el hermano mayor, los del padre).

Los pastores se han adaptado a un medio difícil respondiendo con unas actividades económicas complejas y duras; lo han hecho prolongando, ampliando, el ciclo de la unidad doméstica.

EL SENTIDO DE LA DESCENDENCIA

Los andinos de hoy se consideran, y actúan en consecuencia, como fundamentalmente descendientes de la línea masculina. Así, la residencia de la unidad doméstica tiende a ser virilocal; los varones, a heredar los bienes más sustanciales. Sin embargo, cuando examinamos casos concretos, encontramos que esta descendencia patrilineal parece obedecer más bien a unos deseos o ideales de la cultura. Pues cada vez que los intereses van en contra de esta inclinación, las soluciones serán distintas. Si conviene que la residencia sea neo o matrilocal, y la herencia también, pues así se hará; las hermanas podrán entonces sacar un mejor partido de la heredad.

En los Andes encontramos otro patrón tal vez más antiguo. Es también más difuso y marginal o suplementario al anterior: la doble descendencia. Consiste en que los hombres se sienten ligados y piensan que descienden más bien del padre; y las mujeres, de la madre. Por ejemplo, en diversas comunidades del Altiplano, las hijas heredan preferentemente los bienes de su madre; los hijos, los del padre. Belote y Belote encontraron que en los Andes del Ecuador existe la creencia que el hombre pone la semilla del hijo en el útero de su mujer; y la madre concibe a la hija luego de recibir los estímulos del marido. Por eso piensan que un hombre siempre se parece a su padre; y una mujer, a su madre. Ideas similares encontramos en Perú y Bolivia.

Según Tom Zuidema, en el parentesco Inca operaban dos sistemas de descendencia: uno, patrilineal; y otro, matrilineal. Posiblemente los nombres, así como algunos privilegios y cargos se transmitían por líneas paralelas.

Para concluir, la doble descendencia parece responder a un modelo básico andino: este mundo es dividido, par, hembra y macho, por igual, complementarios, pero también en constante competencia. La descendencia patrilineal correspondería a otro aspecto de esa cosmovisión: los dioses —por lo general, masculinos; pocas veces bisexuales— son los que generan la sucesión de vidas y de mundos; las diosas o la diosa —la Tierra—, son las que albergan dichos cambios. En todo caso, los dos sistemas de descendencia, uno dominante y el otro marginal, ofrecen al andino un haz de posibilidades, unas elecciones propias, originales, ajustables a condiciones y requerimientos concretos.

LA PARENTELA POLITICA

La fisonomía autónoma de la unidad doméstica, así como el carácter bilateral del parentesco andino, van de par con la equivalencia que en principio se hace

entre parientes afines o políticos y los consanguíneos. Es decir, existe un ideal y una tendencia en percibir y tratar a los padres políticos como si fuesen, o como equivalentes, los propios padres de sangre. Igual ocurre con los cuñados.

Se darán casos —por ejemplo, si se da una residencia matrilocal— que el hombre prefiera tratar con los hermanos de su esposa que con los suyos. O si la residencia es patrilocal, se inclinará tanto o más por las relaciones con los maridos de sus hermanas que con los suyos propios.

A pesar que los primos hermanos son llamados; y en principio, considerados al igual que los hermanos carnales, los hombres casados por lo general se inclinan por privilegiar los vínculos con sus cuñados que sobre aquellos. Con las esposas ocurre otro tanto.

En la práctica, la cooperación y el buen entendimiento entre cuñados es bien vistos por la sociedad. La prestación recíproca de trabajo tiende a ser ceremoniosa y a abarcar una actividad económica importante.

Una costumbre que fortalece los lazos entre afines es la cierta inclinación por el intercambio mutuo de mujeres entre dos grupos: varios hermanos se casan con otras tantas de otras familia. Entonces los vínculos de parentesco entre parejas se doblan.

La horizontalidad o simetría entre afines va a veces acompañada de una tendencia asimétrica. Es observable en ciertas circunstancias ceremoniales. En esos contextos los dadores de mujeres asumen ciertos roles simbólicamente superiores a los receptores de las mismas. En otros casos rituales se forman dos bandos, uno con los parientes de la mujer y otro, con los del marido.

EL COMPADRAZGO

Está constituido por los parientes que se escogen voluntariamente, excepto el que se adquiere por matrimonio. Los principales de este tipo son los padrinos de matrimonio; ellos mismos tal vez sean también los de bautismo de alguno de los hijos del mismo matrimonio. Siguiendo la vieja tradición católica, entre compadres y aún entre los próximos parientes de éstos no es posible mantener relaciones sexuales y menos matrimoniales.

El compadrazgo es una institución vigente e importante en los Andes. Entraña obligaciones sociales, económicas y sentimentales prolongadas y sancionadas. Pero sobre todo, refuerza la dinámica flexible del sistema de parentesco bilateral: se escoge libremente, una suerte de hermano o hermana, o un hijo, según los gustos e

intereses del individuo y de la pareja. Sirve además para ampliar las redes del parentesco más allá de los establecidos por la consanguinidad, alianzas y afinidad y también puede profundizar alguno de aquellos (si, por ejemplo, se elige como compadre a un consanguíneo). El compadrazgo puede contrarrestar la tendencia endogámica de la comunidad, al ser permitido, y hasta bien visto, emparentarse espiritualmente con algún foráneo.

CONCLUSIONES

1. El sistema de parentesco andino es bilateral y centrado en la familia nuclear. Por lo mismo, posee una gran capacidad adaptativa a circunstancias y requerimientos específicos. En consecuencia, las variantes y complejidades de sus realizaciones concretas son múltiples.
2. Estas características lo aproximan a los sistemas de parentesco de las sociedades occidentales modernas, con una salvedad, el parentesco andino, la parentela en su conjunto, ocupa un lugar mucho mayor en el espacio social y económico que en el común de nuestras gentes de tradición urbana.
3. El niño, y el individuo en general, andinos tienen importancia según su ubicación en la red de parentesco. Es evidente que esto también ocurre en las áreas urbanas (no es lo mismo que este niño sea mi hijo, mi sobrino o el hijo del vecino); pero dada la importancia del parentesco andino, su rol clasificador de individuos es más decisivo que entre nosotros: la soltería, la maternidad, ser nieta, sobrina, o cuñado, implica un peso real, económico, social, religioso, afectivo, de primer orden.
4. El parentesco no sólo constituye un sistema clasificador del niño y del individuo; también es la fuente primera y más eficaz de socialización, de modelaje constante del niño y del adulto.

PATRONES DE CRIANZA

LOS PATRONES DE CRIANZA Y EL PARENTESCO

El niño es modelado siguiendo patrones en verdad secundarios pues responden a otros más elementales: el estilo, los ideales de la cultura andina y las respuestas que ha ido dando a los retos del medio. Algunos de estos rasgos genéricos los hemos ido perfilando en el transcurso de la exposición sobre la comunidad y la familia. Los modos de crianza del niño se dan en el contexto del parentesco; sintetizan como reproducen esa estructura. Pero además revelan parte de las estrategias de respuestas al medio. El boceto —si no logramos el estudio— de estos patrones debe constituir una suerte de modelo reducido de la misma cultura andina.

NOCIONES SOBRE LA CONCEPCION

El andino, el hombre de campo, posee un conocimiento natural de la reproducción. Sin embargo, si no es por la escuela y los medios de comunicación externos, no conoce los detalles del mismo. Entiende que la mujer está encinta cuando, luego de tener relaciones sexuales, se le suspenden las reglas y aparecen ciertos síntomas secundarios.

Las creencias sobre la concepción parecieran responder a las diversas orientaciones parentales descritas anteriormente.

En algunos pueblos del centro y de Ayacucho se piensa que la mujer pone ciertas partes del cuerpo —carne, sangre...— y el hombre, otras —huesos.... Esta idea de complementación de dos vitalidades distintas concuerda bien con el orden bilateral andino: cada quien es hijo de dos; no por igual sino por suma.

Una creencia popular y extendida como la anterior responde más bien a la tendencia por la doble descendencia: si en el momento de la relación el humor seminal del hombre "vence", es más fuerte que el de la mujer, éste "plantará" el nuevo ser, que será por lo mismo, hombre, del padre y parecido a él; entonces la madre sólo servirá de abrigo y de alimento. Si, por lo contrario, el humor de la mujer muestra más vigor que el del hombre, ella, incitada por la compenetración, producirá un ser que será niña, parecida a ella, esencialmente suya; el padre sólo habrá provocado la vida. Esta creencia concuerda además con otro rasgo primordial: el espíritu antagonista, de competencia observable en el conjunto de la cultura y de la sociedad andina.

La tendencia patrilineal también se refleja en este nivel. Algunos dicen que los hijos —hombres y mujeres— se parecen al padre y nunca a la madre.

Los actores sociales no perciben esas creencias como contradictorias entre sí. Escogen o utilizan una o dos de ellas que se complementan. Esta elección responde a la inclinación y forma en que plasman sus sistemas de parentesco, el mismo que depende de las circunstancias y condiciones materiales. Este nexo lo establecen de manera inconsciente. Es decir, que si son pastores pobres y tienen poca heredad, podrán, por ejemplo tratar de excluir de los bienes mayores a las mujeres priorizando (de manera no calculada) la patrilinealidad y, secundariamente la doble descendencia (para que las mujeres tan sólo reciban los enseres de la madre).

Las ideas en torno a la concepción son en verdad más complejas y poco conocidas. Los andinos discernen numerosos como sutiles partes de la persona (entre el cuerpo, y diversos entes espirituales). ¿Qué parcelas da cada uno de los padres? Responder a estas cuestiones rebasaría los límites de la presente descripción.

El advenimiento de la concepción es un acontecimiento importante. Los padres demuestran así su capacidad procreadora y su cabal madurez. Una mujer que

no concibe —y peor aún, que no llega a tener marido— se convertirá un día, hay quienes lo afirman, en *achkay*, una suerte de ogresa, eterna insatisfecha (oral y sexual), devoradora insaciable de niños y de alimentos. Otros creen que esto ocurrirá después de su muerte, cuando, al no tener hijos que recen por ella, se convertirá en ese monstruo o en una suerte de "mula de fuego". Un hombre que no concibe o que es un soltero empedernido tendrá un destino fatal. Se dirá de él que es un hijo del "gentil"; esto es, que pertenece a esa pre humanidad sin sexo o con uno salvaje.

La primera concepción y el proceso que va del embarazo al destete, irán borrando aquellos temores y confirmarán a la pareja como tal, como capaces de reproducirse y como hombre y mujer cabales.

LA GESTACION. CUIDADOS.

Como por la concepción, el andino posee un conocimiento básico y positivo del embarazo: saben, *grosso modo*, dónde se implanta el feto, cómo se alimenta y el tiempo que dura el proceso. Pero los detalles y las precauciones que toman no reflejan únicamente una preocupación positiva.

La mujer grávida debe demostrar buen ánimo; parecer que vive su estado con naturalidad y sin pena. Continuará trabajando hasta poco antes de los síntomas primeros del parto. La gravidez le da prestigio y al marido, también. Pero es un sentimiento discreto: nadie les mostrará especial contento, ni los felicitará con efusión. El embarazo es pues un asunto privado, aparentemente no concierne a nadie más que a la mujer, y por extensión, al marido y al resto de los próximos parientes. Pero una persona con su vientre grávido está patentado que es realmente una mujer que contribuye con el acrecentamiento de la familia y de la comunidad.

EL PARTO

El ideal andino es que la mujer cese de trabajar cuando empiezan los dolores o pierde el líquido amniótico. Deberá mostrar tal coraje y discreción, que pueda dar a luz sola, por ejemplo en su chacra, sin asistencia de nadie; y que regrese luego a casa con el recién nacido. Pero este es un modelo, una aspiración. En la realidad, casi siempre se recurre a medidas asistenciales de diversa índole.

La madre, según los casos y costumbres, circunscribe sus labores al ámbito casero cuando faltan una o dos semanas para el parto. Cuando el embarazo entra en su fase final la madre suele acudir a diversos tipos de especialistas: el adivino que lee las hojas de coca y que le pronostica fechas y modos del parto; por ejemplo, le dirá si el bebe ya se encuentra en buena posición; si no es el caso, habrá que someterla a la operación llamada *chapchisqa*. El mismo adivino, o el curandero, o el sabio del pueblo harán las oraciones y ofrendas propiciatorias a las divinidades y santos tutelares de la comunidad.

El *chapchisqa* empieza cuando provocan la transpiración de la parturienta mediante bebidas calientes especiales (a base de algún alcohol y ciertas yerbas, en especial, coca), u de frotaciones con el mismo brebaje. Luego se le tiende en una manta. Cuatro hombres —entre los que se encuentra el especialista y, en general, el marido—, realizan diversos y estudiados movimientos con la manta, hasta que logran acomodar al feto de cabeza. Entonces queda la mujer acostada y en reposo todo un día.

Si el parto es difícil, a parte de las orientaciones generales del adivino, habrá que llamar a la comadrona, que en Cuzco llaman *onqochaq*. En los departamentos del sur peruano la comadrona acostumbra atar un paño por la cabeza de la parturienta, cuidando que el remolino central o coronilla quede bien tapado: es para evitar que, con la emoción, se le vaya a escapar uno de los espíritus a la mujer. Le amarra también a los tobillos o también a la muñeca, unos lazos de lana —de oveja o llama, según la costumbre— cuyas torceduras van de derecha a izquierda; el objeto de estos lazos es evitar malas influencias sobre el parto. La comadrona le dará bebidas calientes (como infusiones de coca u orégano) para que entre en calor. A veces le frota con ají, le aplica zahumerios. Le hablará con afecto, le pedirá que demuestre el valor que sin duda tiene. Le instará a que puje en los momentos requeridos y que no grite demasiado. Si es necesario le presiona el vientre, le tira del cuello y de los pies. Varias de las nociones que recomienda la medicina moderna son aceptadas y aplicadas por la comadrona y los familiares: cada vez más la idea de usar ropa previamente lavada, en fin, de extremar en esos momentos la higiene, se pone en práctica.

Cuando no vienen o no llega aún la comadrona, el marido suele dirigir los cuidados del parto. En general es asistido por la suegra de la parturienta. A veces el rol se invierte, y es la suegra la que toma el mando. También puede ocurrir que sea la futura madrina del bebe quien asista y reciba a la criatura. Una antigua asistente de una comadrona de Cajamarca nos decía a este propósito que ella ha visto "De todo. Historias de amor y de odio": a veces cuando llegaba acompañando a la comadrona, ésta encontraba que la madre ya había dado a luz, que el padre se había ocupado de todo y a la perfección. En otras ocasiones, la mujer pedía que su marido la asistiera, y él lo hacía manifestando ternura y paciencia. Esto ocurría sobre todo en las parejas jóvenes. Pero la asistente también presenciaba terribles escenas: la parturienta increpaba al marido, quería golpearlo, le gritaba que "por su culpa ahora ella estaba con estos dolores". En fin, sea la pareja joven o mayor, el padre suele estar presente, ayudar y presenciar el parto. Su actitud es casi siempre positiva. Su atención se centra en la madre y no tanto en el que nace.

Cuando el recién nacido es expulsado, se le cubre con una manta de la madre. En algunas comunidades aymaras la madre prepara previamente la manta y las otras envolturas, haciendo jirones algunas de sus polleras. Se le coloca al lado de la madre. A veces, mientras esperan la expulsión de la placenta, se ata el cordón a la pierna de la madre, o en alguna estaca cercana: se teme que si el cordón volviese a introducirse en el vientre materno, ella moriría.

Después del parto dan a la madre un caldillo especial de carne fresca y con poca o ninguna sal ni condimento. Aconsejarán a la madre unas semanas de descanso o trabajo limitado. Deberá evitar las caminatas y los viajes, el agua fría y, aún más, el agua cruda.

De lo expuesto podemos apreciar que la familia y la sociedad, a través del adivino, la comadrona..., centran su atención en la parturienta. Un adulto es más importante que un nuevo ser que aún no ha conquistado un lugar en el espacio social. Por otro lado, el bebé desde el inicio está estrechamente ligado a la madre. Es una cobija hecha de su propia ropa que le sirve de primer envoltorio. Es con un tiesto -objeto femenino y materno- con que se corta el cordón. Esta vinculación primera la veremos más extensa y evidentemente desde el nacimiento hasta el destete. Por último, el dar bebidas consideradas cálidas para estimular el parto pareciera estar en relación con la creencia que lo cálido es femenino; y a la inversa, lo frío, es masculino. Así, mantenerla o aumentarle su calidez propiciaría su potencia femenina. El caldillo fresco e insípido, por lo mismo, aplacaría tal vigor, y así se ayudaría al restablecimiento.

DESDE EL NACIMIENTO HASTA EL DESTETE

El bebé se encuentra en este período bajo la esfera y cuidados exclusivos de la madre. Nadie debe acercársele; nadie, mirarlo. Los nuevos abuelos, los hermanos e, incluso, el padre y los padrinos, lo harán pero con discreción y brevedad. Después del bautizo o el agua de socorro -es decir, por lo general a las pocas semanas del nacimiento- el padre, en la intimidad, le hablará con mayor frecuencia, y lo hará con ternura; pero evitará tocarlo y ser efusivo; tomará estas restricciones sobre todo antes del bautismo. Asimismo los padrinos del bebé actuarán con circunspección, en especial antes del bautismo. Y es que antes de este rito el niño se puede decir que aún no ha nacido, que es parte íntima de la propia madre. Ese ámbito materno no debe ser interferido; lo contrario es considerado casi como una impudicia, y una violencia de posibles consecuencias nefastas para el bebé.

La madre nunca se separa de su criatura. Lo lleva a sus espaldas, bien cubierto si hay terceros. No le habla ante extraños; y en general, lo hace poco pues siente que él participa y vive todos sus afanes. Así vemos a la madre andina: con su bebé auestas, y rodeada de sus pequeños. Esta relación afectiva perdura, y es, sin duda la más importante con la de la pareja. En Cajatambo -al norte de la sierra de Lima- escuchábamos como una dama se placía en comparar una buena madre con la zarigüella (el pequeño marsupial americano): humilde, no muy atractiva, pues es algo maloliente y se parece a un ratón, pero si es así es porque dicen que no cesa de trabajar, y sobre todo,... siempre carga consigo sus crías.

El bebé va a las espaldas de la madre. Va envuelto en varios paños bien ceñidos. Al exterior tiene puesto una suerte de faja: así debe conservarse y empezar a

crecer: bien derecho. Pues un bebe es como una semilla o una plantita, hay que ayudarlo a crecer sin torceduras. Temen, además, que si no se le faja, más tarde le saldrán hernias y entonces no podrá trabajar bien. El mantón con que se le lleva a cuestras es el *kepi*. En algunas regiones de Ayacucho suelen además ser cargados en una suerte de catrecillo de mimbre.

El nacimiento a veces es celebrado con alguna breve fiesta. Se buscan los padrinos, que pueden ser los mismos del matrimonio. Esta búsqueda y el acuerdo que sigue suele ser pautado por todo un ceremonial. El bautismo se realiza lo más pronto posible, si es antes del mes, mejor. Cuando el bebe se enferma antes del bautismo, los padres recurren a cualquiera, un vecino, y se aplica al recién nacido el agua de socorro -un bautismo de emergencia. En algunos lugares, si alguien muere sin ser bautizado incineran sus restos y arrojan sus cenizas a las afueras de la comunidad. Esta costumbre va de par con la creencia generalizada que la muerte de un niño sin bautizar acarrea desgracias a todo el pueblo (sequías, plagas...).

El infanticidio es más extendido de lo que en general manifiestan los informantes e incluso los etnógrafos. Los familiares lo practican con los vástagos de progenitores desconocidos; pero, sobre todo, con los deformes y mellizos. Por lo común a éstos también se les bautiza o aplica el agua de socorro. La criatura no deseada es abandonada, no se le da de mamar o se le ahoga con un paño. Esto se realiza porque se piensa que las anomalías del recién nacido acarrearán desgracias. Así, si uno o los dos mellizos sobreviven, serán niños insoportables, y de adultos, pendencieros y enemigos hasta de sus propios padres.

Es un hábito común en el sur que la madre bañe al bebé todos los días: en agua tibia, seguido de una rápida inmersión o roceada en agua fría. Una señora nos dijo que era para que "se acostumbren al clima; que sino más tarde sufrirán". Y el que no se acostumbra a tal entrenamiento, claro, lo saben todos, muere pronto. Esta práctica puede durar hasta el destete.

La madre da de lactar a su bebé cuantas veces éste lo reclame; pueden ser unas cinco veces al día. No espera horas determinadas pues prefiere complacerlo antes que llorar. Durante esta época, y desde el líquido que precede la leche, y que las madres consideran precioso alimento, ella ingiere cosas "suaves", con poco condimento, con sal moderada, evita los alimentos grasosos, o ingerir bebidas alcohólicas. Prefiere las sopas, las mazamorras, el maíz fresco, las papas primerizas. Toda esta suerte de dieta la realiza pensando que mejora su leche y que así el bebe estará satisfecho y no llorará.

Como en la generalidad de los pueblos amerindios, el destete ocurre tardíamente. Es común que ocurra hacia el segundo año. Entonces la madre empieza a ingerir alimentos corrientes, con picante y sal normales, bebe chicha, aguardiente, "para que el sabor de la leche se tuerza y el niño la rechace". Con el mismo fin, pue-

de también untar sus pezones con una mezcla de sal, hierba buena y su propia leche.

Los cuidados en este período que va hasta el destete están centrados en: 1. tratar que el recién nacido no sea agredido por influjos de terceros (espíritus que podrían aprovechar para atacarlo si lo encuentran solo; personas que con su mirada adulta o fuerte le causarían daño). 2. En temprarles el cuerpo y el carácter para que más tarde resistan las agresiones externas. 3. En mantenerlos atados con la faja y en la madre, para que crezcan derechos, sin torceduras, ni otras deformaciones (físicas y morales).

Cuando los lactantes se enferman recurren a los remedios caseros, rara vez, al especialista. Pues si se enferma "por algo será", o tal vez "es débil y se lo quiere recoger el Señor". La enfermedad de los lactantes no es pues asumida por la sociedad con gran dramatismo. Al menos esa es la norma, el ideal. Pero la realidad suele ser distinta; bajo el desapego, incluso de la madre, hemos sido testigos de su disimulada pero profunda congoja: la debilidad, la enfermedad y la muerte de su criatura de pecho, es vivida como una derrota por los padres, como una prueba que no "lo hicieron bien", que tal vez no sean mujer y hombre cabales.

Los estímulos en este período provienen sobre todo de la madre. Ante terceros, como decíamos, evita hablarle o apenas si le zuzurra. Dada la intimidad de dicha relación poco es lo que se sabe de la misma. Nos han dicho, sí, que antes del bautismo evitan hablarle e incluso mirarlo de frente. Luego del rito le empieza a hablar y a mirarlo cada vez más, sobre todo en la intimidad. El padre procede aún con más cautela. Parece que tienen predilección por repetirles las palabras "mamá" y "papá", y sus nombres como el del bebe; entre ellos comentarían y festejarían los avances que el pequeño hace en ese sentido. Nos han informado que cuando están acostados, el padre gusta tomar al niño, jugar con él y decirle algunas gracias. Es de suponer que todas estas relaciones íntimas sigan las mismas pautas de la cultura: parquedad, control de los afectos.

Entonces no los castigan, apenas si los reprenden. Eso sí, tratan por todos los medios de evitar su llanto. Esta arma del bebe inquieta a la madre y a los demás familiares. Aunque muestren poco interés por el llanto, en verdad sí los perturba. Y entonces la madre le dará de mamar, si es menester cesará de trabajar, regresará a casa, lo cambiará, en fin, hará todo lo posible por calmarlo.

SALIENDO DEL REGAZO MATERNO

(O para ser más precisos, saliendo de sus espaldas). Durante la lactancia el recién nacido comienza a ser introducido en la sociedad. A parte de la madre, el padre empieza a mostrar (en la intimidad) un interés creciente por su hijo. Luego aparecerán en el entorno del niño sus abuelos (sobre todo aquellos que viven cerca), los

padrinos y demás parientes. Como decíamos este proceso se acelera a partir del bautismo.

Así como las relaciones entre hijos y padres son más bien formales, entre yernos y suegros, hasta tensas, el vínculo entre nietos y abuelos es desde el principio, afectuoso, incluso demasiado para el gusto andino general. Los abuelos tratarán de retener a la nuera y ahora madre. La suegra tal vez modifique su actitud hacia ella; el abuelo declarará que tal cordero y la descendencia que tenga es para el recién nacido. La abuela preparará alguna mazamorra, traerá alguna golosina "para que el niño vaya preparándose para dejar la leche de pecho".

En cambio, los padrinos asumen un rol formal. Se preocupan por el bienestar del pequeño, por su salud, hablan de su futuro. Los padres agradecen y le hacen obsequios.

Los demás miembros de la casa, los tíos, los hermanos, mostrarán un interés moderado por el recién nacido. Los parientes que viven fuera serán aún más formales. Los hermanos menores, en especial las mujercitas, sí manifiestan curiosidad y pronto apego por esa personita que se oculta en las espaldas de la mamá. Tratarán de verle la cara, de tocarle el rostro; se reirán de sus gestos y harán comentarios.

A partir de los tres o cuatro meses la madre da de probar al lactante alguna mazamorra o golosina. A veces permite que la abuela se lo ofrezca. Después serán los hermanitos que lo hagan. Poco antes del gateo, la madre empieza a liberarle de sus envoltorios sucesivos. El rostro del bebe es entonces cada vez más visible para los próximos parientes. Como todos le ofrecen a menudo dulces, mazamorras, le hacen coger algún pequeño manjar, anda con la cara embandunada, medio sucia.

El inicio del gateo es un acontecimiento para el hogar y los abuelos. Cuando la madre nota que el bebé se torna inquieto y movedizo, lo pone en el suelo por unos momentos. Repite esto cada vez que el niño parece pedirlo. Hasta que empieza a gatear. Cuando va por la casa, cuando aparece por la primera vez por el patio, la familia no oculta su satisfacción. Afirman que el pequeño durante el gateo "va donde los suyos y los reconoce". Piensan que el momento crucial es cuando el bebé va por el patio solo, directo hacia donde está su padre, se sujeta de sus pantorriillas, se para, y lo mira. Este encuentro ha sido incluso descrito por un antiguo mito de Huarochirí: la divina doncella Cavillaca rechazaba todo trato sexual. Cuniraya, un dios, pero entonces de aspecto humilde, la embarazó sin que ella lo notase. Cuando la niña estuvo en edad de gatear, Cavillaca convocó a todos sus antiguos pretendientes. A cada cual preguntó si era el progenitor. Cuniraya estaba por ahí sentado como un pobre infeliz forastero; por eso Cavillaca no se dignó a cuestionarlo. Como nadie respondiera positivamente, la madre puso a su hija en medio de la inmensa explanada que estaba rodeada por los sacros visitantes: "Irás gateando sola

donde su padre. Ella sí sabrá reconocerlo". Y así fue. Cuando la bebe tocó sus rodillas, Cuniraya se transformó, mostró entonces toda su belleza y poder: él era el padre. Los pretendientes huyeron espantados. La paternidad reconocida es triunfadora, embellece, sacraliza.

Cada vez que un niño va gateando hacia los suyos pareciera repetirse algo de ese hecho primordial, se ennoblecen por el reconocimiento de quien de alguna manera les dará más vida y riqueza.

El gateo es percibido por los andinos más como un aprendizaje, que como una actividad gratuita: el niño explora su casa, reconoce a los suyos, se prepara para caminar, y lo que es importante, ejerce una libertad de desplazamiento que se acrecentará cuando camine. El niño que gatea es dejado con menos control que en nuestro medio urbano.

Antes del gateo, hubo una ceremonia que marca el inicio del ingreso del recién nacido al mundo religioso y de la comunidad: el bautismo. Los andinos le dan suma importancia. Seleccionar y convencer a los padrinos es un acontecimiento que recuerda el *rimanakuy* de los matrimonios. Se escogen los padrinos por múltiples criterios (amistad, prestigio social y económico, si ya son padrinos de matrimonio...). El compadrazgo unirá a compadres y ahijados con lazos duraderos. El padrino deberá velar siempre por su ahijado. La ceremonia del bautismo (en general, precedida o seguida de la inscripción del nacimiento en los registros públicos) es motivo de una gran fiesta familiar. En la puerta de la iglesia se congregan numerosos parientes y amigos. La madre entrega a su bebe a los padrinos. Los padrinos entran a la iglesia con la criatura en brazos (es el padrino que lo carga). A veces, un par de familiares los acompañan con velas encendidas. Los padres y demás invitados se quedan en el atrio, o apenas si se acercan al altar. Observan de lejos cómo los padrinos introducen a su niño en ese mundo que sacraliza lo social. De vuelta, a la salida del templo, los padrinos devuelven a su ahijado a la madre. Esta regresa a casa cargándolo en brazos o como siempre, a sus espaldas. Durante la fiesta los padrinos y el ahijado reciben numerosos presentes (para los padrinos, por ejemplo, la cosecha que dará este año tal chacra; para el ahijado: dinero de tal tío, una vaca y su descendencia de tales abuelos, una chacra de estos otros abuelos...). Los padrinos son homenajeados y atendidos con esmero; los padres son festejados con efusión por los otros familiares (es la hora de limar sino olvidar viejas rencillas); pero es el bautizado el verdadero centro de toda la fiesta. Por unos buenos momentos la madre lo cargará en sus brazos. Entonces los convidados podrán sonreírle, hablarle, admirarlo.

DESPUES DEL DESTETE

El niño camina. Recorre toda la casa, el patio. Habla con su gente. Entonces los padres escogerán una fecha propicia para una ceremonia, el corte de pelo.

Será la ocasión de una fiesta. Acicalan al niño. Lo sientan en un banquillo, al borde de una mesa adornada (un mantel, flores,...); allí colocan dos platos. Mientras toca la música, de manera solemne el primer padrino de corte de pelo y su mujer se acercan al niño y con unas tijeras le cortan un mechón. Depositán la mecha en uno de los platos y en el otro dejan un óbolo. Luego se suceden otras personas que repiten la acción, son otros tantos padrinos y potenciales protectores del sujeto). Hasta antes del acontecimiento el niño andaba, según la tradición, con el pelo desgredado. A partir de ahora, estará peinado, con un corte que establecerá a la par de la marca de la cultura sobre la maraña de la naturaleza, otra distinción esencial, la sexual: según el peinado sabremos si es niña o niño.

A la ceremonia anterior se agrega, antecede o se hace coincidir con un cambio de vestido: mientras el bebe daba sus primeros pasos andaba con una suerte de faldilla, llamada por los general, *wara*; ahora se la reemplazarán por un vestido acorde a su sexo.

El bautismo, el corte de pelo y el cambio de vestido son pues tres acontecimientos centrados en el niño. Expresan —y de alguna manera enseñan— un primer discernimiento social: el paso del estado materno a una adscripción más social y religiosa (por el bautismo); el tránsito del estado natural (no cortado, sexualmente indiferenciado) al cultural (peinado, diferenciado).

Resumiendo, si antes del destete y del gateo el niño vivía a la sombra y en la intimidad materna; la época del gateo y de los primeros pasos significaron para el pequeño: 1. una ampliación de su horizonte social inmediato ("reconoció" a su padre, padrinos, a la gente del hogar...); 2. la adquisición de una capacidad de desplazamiento en la casa (compuesta de dos o tres edificaciones más el patio) y de una mayor autonomía y libertad que en el medio urbano; 3. vivió además el pasaje ritualmente marcado, de paso del estado "natural" e indiferenciado a otro que le señala un comienzo de *distingo cultural y social* (fue gracias al corte de pelo y al cambio de ropa. El bautismo ocurre por lo general antes del destete).

El estilo y el recurso de socialización de esta época consiste pues en dejar que el niño haga sus primeros tanteos solo, sin mayor ayuda, con autonomía; que sea él quien reconozca a los suyos. Es ayudado sí con palabras, gestos, premios y afecto, pero se supone que la iniciativa en principio es del niño. Los ritos señalan y también alientan esta búsqueda. Estamos pues ante un yo a la conquista de un lugar en su universo social. Y así será en adelante.

MAS ALLA DEL HOGAR

Fuera de la casa continúa la exploración. Será una aventura más rica y variada.

El niño o la niña tiene tres años. Empieza a aventurarse fuera de casa; a veces solo, a veces con los hermanitos o algún otro familiar. Pero cada vez que puede, lo que ocurre a menudo, se marchará solo a recorrer las calles y la plaza del pueblo; explorará el campo. Esta inclinación por la autonomía y la soledad lo acompañará toda la vida, a la par del placer de estar y de pertenecer a otros. La madre se inquieta por estas escapadas, pero no tanto como para erradicarlas.

Fuera de casa, el pequeño también enriquece su vida social. Tiene dos tipos de actividades: se integra a una banda de compañeritos; acompaña y participa en los quehaceres de los mayores.

Lejos de los adultos. Es un micro cosmos social, un ensayo y una parodia. La pandilla es mixta, si bien las niñas tienden a ser menos pues se quedan más en casa y acompañando a sus mamás. Las edades fluctúan entre los tres años y aquella época en que empiezan a mudar de carácter y de comportamiento frente al otro sexo. Entre sí pueden ser hermanos, primos, simples vecinos. Su número es siempre y constantemente variable: a veces vemos un grupo de tres; otras, quince o más miembros juntos.

La pandilla reproduce la vida en una actividad que es lúdica imitación del trabajo. La niña coloca en su manta un fiambre; entre manos lleva su huso e hila; va a tal calle donde se encuentra con "su comadre" y con el "Pukicha", el "kuto" y otros "comuneros". Ellos traen en sus *kepis* (la mantilla que llevan a la espalda los hombres que marchan a laborar) sus "útiles de trabajo". Van a un despoblado. Ahí retoman la "labor" de la víspera: "el teniente gobernador" pide a sus "alguaciles" que vigilen "la obra", que los trabajadores se mantengan entusiastas. Se trata de un canal que traerá agua de tal nevado a una parcela del pueblo. Las "mujeres" ayudan; las cuadrillas de "hombres", formadas según los barrios, se guapean y compiten por la mejor y más alegre faena. Y en verdad construyen canales, lagunas artificiales, carreteras, poblados, chacras, todo en miniatura, a veces admirables a los ojos del adulto. Pero los mayores solo ven estas obras de hurtadillas o por casualidad: los niños no lo hacen en presencia de terceros. Luego viene el descanso; cada cuadrilla se pone en círculo. Las "mujeres" les sirven sus fiambres (más o menos simbólicos o verdaderos). Luego "mascan coca". En fin, la pandilla parodia las faenas comunales y familiares.

Durante las fiestas las pandillas organizan las mismas pero paralelas, separadas fiestas de los adultos. El día de la feria las señoras venden sus productos en uno de los lados de la plaza. En la calle adyacente, las niñas organizan su propia feria -ahí están "las caseras", "las vendedoras". Las papas son unas piedrecillas; el dinero, papelititos... Y durante las danzas, juegos y borracheras de los mayores, los chicos se van del centro y parodian entre ellos lo mismo.

No sólo la banda imita el trajín y las fiestas de los mayores. También, sus maneras, conducta y vida cotidiana. Como aquellos, se ponen apodos, conversan

"complicado", términos "raros", juegos de palabras, adivinanzas... A veces se dividen entre "mestizos", "limeños"... hay "papás", "mamás", "hijos". Y naturalmente, los juegos de familia tienden a tomar mayor importancia emocional conforme avanzan los años.

Los mayores no interfieren estas actividades infantiles; a no ser que alguien, por ejemplo, una madre, pida a su pequeña que le ayude en una labor determinada. La pandilla es pues una suerte de escuela autónoma.

En la banda, pero también en la soledad, el niño se penetra con la naturaleza. Para el andino y su cultura la naturaleza es un mundo vivo: la madre maíz cuida de sus plantas maíces; la montaña que domina el pueblo es el padre y madre de sus gentes y animales. El lago esconde un pueblo castigado por el dios andariego y pobre. Bajo el suelo están los gentiles, aquellos antiguos pobladores de la superficie. Las estrellas son doncellas que pueden bajar a seducir a los jóvenes. La cascada tiene un dueño, el duende *ichi oqlllo*. El sol es un celoso guardián de su hermana luna. Y la tierra, esta que palpamos y amamos, es nuestra madre. El niño siente, vive estas ideas de sus mayores con gran intensidad. José María Arguedas nos da un testimonio personal de esta época y del encuentro solitario con una naturaleza sagrada (lo hemos tomado de una clase suya mimeografiada): "Cuando yo tenía unos siete años de edad encontré en el campo seco, sobre un cerro, una pequeñísima planta de maíz que había brotado por causa de alguna humedad pasajera o circunstancial del suelo o porque alguien arrojó agua sobre un grano caído por casualidad. La planta estaba casi moribunda. Me arrodillé ante ella, le hablé un buen rato con gran ternura, bajé toda la montaña, unos cuatro kilómetros, y le llevé agua en mi sombrero de fieltro desde el río. Llené el pequeño pozo que había construido alrededor de la planta y descansé un rato, de alegría. Vi como el agua se hundía en la tierra y vivificaba a esta tiernísima planta. Me fui seguro de haber salvado a un amigo, de haber ganado la gratitud de las grandes montañas, del río y de los arbustos secos que renacían en febrero. Un pariente mío, en cuya casa habitaba, pero con cuyos indios vivía, se mofó de la hazaña cuando se lo conté. Yo me quedé estupefacto y herido. Ese hombre, que no parecía sentir respeto por la vida del maíz, podía ser un demonio. Quien ofende al maíz despierta el resentimiento de la madre del maíz, o del trigo, si de éste se trata. Entonces la madre se irá a otros pueblos lejanos y el maíz o el trigo no volverá a germinar en la tierra hasta que la ofensa sea reparada".

A la par que el niño adquiere y enriquece este conocimiento y sentimiento religioso básico, se aprende un saber positivo, fruto de una fina y sensible observación del medio natural: los niños saben que cuando aparece este tipo de araña es que las lluvias llegan a su fin. Conocen que esta planta, por estas y otras características no pueden ser sino del *shapi* y por lo tanto sólo puede servir para "brujear". Es la edad en que aprenden los nombres y los hábitos de infinidad de personajes del campo.

Las actividades del vagabundeo solitario y de la pandilla son paralelos a la intensificación progresiva de las relaciones entre el niño y sus parientes. Los padres recalcan que sus hijos pequeños son una ayuda estimable en el trabajo. La niña colabora con su madre y sus hermanas mayores; el niño hace lo propio. Cuando es con ellos la cosa es más bien seria; cuando es con los abuelos, menos grave. El trabajo de los niños es un asunto relativo: la pobreza, las crisis familiares, pueden trocarlo en actividad seria, es decir, dura; y viceversa. Los componentes lúdico y rentable varían pues según las circunstancias. Sospechamos que el ideal andino es el término medio: que el trabajo del niño no sea demasiado importante para los adultos, que sea entretenido para todos, pero que dé algunos frutos palpables. Pues la gratuidad no tiene cabida en el andino; todo hasta lo que hacen los niños, debe de servir para algo. Conforme avanza el niño en edad, se espera que su actividad se incline más por el trabajo efectivo.

Si los mayores esperan de los chicos colaboración en sus labores, en cambio, les cuentan historias y creencias, los toleran en sus fiestas y hasta en sus ritos secretos. No son tanto severos como solemnes y formales con los chicos. Por lo general, son más tolerantes y permisivos que en nuestro medio urbano marginal. El castigo corporal y moral es también menos frecuente que en ese mismo medio. La niña se escapó y dejó que la sopa se echara a perder; la madre se lamentará: "Esta chica es una diabla; me va a matar"; cuando regresa la hija le amenazará con un severísimo castigo... y mañana todo se habrá olvidado. La situación económica del hogar tiende a influir en estas actitudes.

El pastoreo es una actividad central en esta época. En ellas se combinan los anteriores modos y estilos: es una tarea útil y encomendada a los chicos de ambos sexos. Es pues una actividad fundamentalmente seria. Pero también los niños la viven como una labor placentera, como un juego. Es una tarea solitaria, el chico va solo con su rebaño; pero a menudo lo acompañan uno o dos hermanitos. Además, por allá andan los otros pastorcillos. A la distancia se hacen señas, se gritan y echan bromas. Varios, o todos, son los mismos de la pandilla. A veces reúnen sus hatos y ellos se juntan para intercambiar fiambres, decirse adivinanzas, planear pille-rías.

Conforme pasan los años los chicos gustan más del pastoreo: es cada vez menos una diversión, se toma más serio y responsable; el prestigio de cada cual se va delineando. Empiezan a precisarse juegos más corporales -agresivos y placenteros-. La pandilla se divide: los pequeños quedan, los jóvenes se hacen cada vez más distantes, y entre éstos surgen otros bandos bajo el impulso de otras inquietudes. Pero esta nueva etapa ya la describimos, el fermento en el cual nace la pareja.

Resumamos. El niño se desenvuelve en esta época entre la autonomía, la soledad y la banda de sus pares. Imita la sociedad de los adultos; se compenetra con los misterios de la naturaleza. Juega a trabajar. Los mayores son ante ellos más

bien permisivos, hasta distantes; pero alientan y premian cuando su labor es efectiva. Los padres a veces castigan: moralmente de múltiples maneras (por ejemplo, si a la niña se perdió un pollito "suyo", la madre le comentará, "No hay nada que hacer mi hija no tiene buena mano con los animales"; o físicamente, entonces el padre hará arrodillar al hijo y le aplicará, solemne y luego de un sermón, tres chicotazos, "en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". En algunos casos, sobre todo en momentos de crisis y tensiones familiares, el castigo corporal y aún moral podrá ser breve pero violento y descontrolado. Pero normalmente, incluso cuando un muchacho por un descuido ocasiona una desgracia para la economía hogareña, por ejemplo se le desbarrancó un camero (es un caso concreto que presenciamos), los padres se lamentan; descuartizan y cocinan el animal, y mientras comen, el padre insinúa a la madre que alguna culpa han cometido para que les ocurra esto, tal vez no atendieron bien a los huéspedes (nosotros). Entretanto, el pequeño y verdadero responsable no es castigado y come su carne, eso sí, algo cohibido.

COMENTARIOS FINALES. CONCLUSIONES

1. Hemos descrito la socialización del niño andino -o patrones de crianza. Este proceso educativo está en estrecha vinculación con la institución familiar y, luego, con la comunidad o pueblo.
2. La descripción resaltó los aspectos más elementales y persistentes de los tres fenómenos (comunidad, familia, crianza). Por lo mismo, las diferencias locales y temporales sólo fueron tomadas en cuenta para una mejor comprensión del conjunto. Sería necesario emprender otras investigaciones del mismo tipo pero centradas en vastas subregiones y niveles ecológicos del país.
3. El trabajo constituye un esfuerzo de síntesis. Trata de perfilar la estructura y no tanto sus concreciones. El nivel estructural es el más estable y resistente a las fuerzas modificantes. La propia estructura—comunidad-familia-patrones de crianza—ofrece a sus sujetos una apreciable gama de posibilidades adaptativas a las diversas situaciones y retos.
4. La comunidad andina es una institución de larga tradición. Su función explícita es la política—coordinar la vida pública y el trabajo entre varias familias que ocupan y comparten desde tiempos atrás un territorio; que los relaciona, políticamente, con el exterior. Por su mismo carácter, en ella sus miembros masculinos tienen una cierta predominancia. Pero la comunidad cumple otras funciones no menos importantes: es centro de la vida social, religiosa y afectiva de sus miembros; es una instancia económica importante.
5. La comunidad es el nivel estructural más frágil (que el de la familia o el de los patrones de crianza). Esto se debe a que siendo una institución esencial-

mente política, es el receptáculo (de defensa, rechazo pero también de aceptación) de las fuerzas externas y de sus requerimientos.

6. Al abrigo de la comunidad la familia andina se desarrolla y perpetúa con una mayor independencia o con una mayor coherencia consigo misma. Es pues un nivel estructural más estable que la comunidad.
7. La familia es el núcleo social de la cultura andina (es decir, de un universo en el cual percibimos unas gramáticas o códigos estables —aunque no inmutables— que dan cuenta y procesan los cambios a través de sus miembros).
8. La familia andina tiene las siguientes características:
 - a. Es bilateral.
 - b. De tendencia patrilineal y patrilocal.
 - c. Tiene una cierta inclinación a la doble descendencia.
 - ch. Practican el matrimonio preferencial endogámico.
 - d. Los términos de parentesco son una combinación del tipo llamado esquimal y del hawaiano.
 - e. La dinámica interna es de complementación y de fuerte cohesión pero también es competitiva. Cohesión, competencia y espíritu práctico, son tres valores constantes en el parentesco andino.
 - f. La división sexual es muy marcada en el trabajo, en los sentimientos, en los roles.
 - g. La jerarquía por edad, sexo, y posición generacional como de alianza o consanguinidad, es respetada por sus miembros. Pero nunca es totalmente descartado el espíritu de emulación y competencia (entre marido y mujer; entre hermanos; incluso entre generaciones).
 - h. El estilo emocional es parco y distante. Los afectos deben de manifestarse de manera discreta. En ciertas ocasiones rituales (fiestas, celebraciones) los sentimientos pueden expresarse con intensidad. Si estos afectos afloran en condiciones no pautadas o durante grave crisis, podrán ser violentos (apasionados o agresivos).

- i. El núcleo del sistema de parentesco andino es la familia nuclear, y más precisamente, la unidad doméstica.
 - j. La familia nuclear se forma y afianza en un largo proceso (que va de la formación de la pareja, la convivencia en casa paterna, la constitución de la unidad doméstica hasta su paulatina disolución).
 - k. La familia extensa (compuesta por los hermanos casados) cumple un rol menos importante que la nuclear, sobre todo en el aspecto afectivo; pero, en algunas sociedades, por ejemplo de pastores, la hermandad extensa puede funcionar como una instancia económica dominante.
 - l. El parentesco andino no alienta la acumulación de riqueza y de poder por más de una generación: se debe de nacer y crecer pobre, ser adulto acomodado y anciano pobre.
 - ll. Asimismo cada edad tiene un estilo: el niño es del "*shapi*" (no domesticado, medio diablillo); el joven es rebelde y secreto; el adulto, sociable, responsable, el anciano, generoso y consejero.
 - m. Si la solidaridad al interior de la familia es siempre alentada, el sistema da cabida para que el individuo se forje como tal (los niños andan también solos, el errar de los jóvenes es visto como normal). Se alienta además la competencia entre sus miembros.
 - n. Las características señaladas hacen que el parentesco andino sea sumamente flexible, es decir, su estructura permite múltiples ajustes y soluciones circunstanciales. Por lo mismo, es una estructura notablemente estable.
9. Los patrones de crianza reflejan los valores, modos, dinámica y requerimientos de la comunidad y sobre todo de la familia.
10. Los aspectos principales de la socialización del menor son los siguientes:
- 10.1 Sólo es hombre o mujer pleno quien ha demostrado ser padre o madre, además de saber trabajar. En consecuencia el niño no es considerado persona cabal.
 - 10.2 El proceso de incorporación a la vida total propia del adulto se opera mediante un largo proceso: primero se es sólo una semilla o un gusanito; luego un pequeño salvaje; luego alguien que ayuda; hasta que un buen día afirma tener pareja y trabaja. Hay ritos que marcan

estos pasos. Pero es el tránsito del juego al trabajo y la evolución sexual lo que va señalando el cambio.

- 10.3 Podemos distinguir las siguientes fases en la evolución del niño andino:
- Del nacimiento al destete
 - Del gateo al andar por casa
 - El vagabundeo y la incorporación a la pandilla
 - El pastoreo.
- 10.4 Del nacimiento al destete, la madre es la persona central, casi exclusiva, en el mundo social del niño. La intimidad y la estrechez madre-hijo marcan este período.
- 10.5 Durante el gateo y los primeros pasos por casa, el niño amplía su horizonte social: "reconoce" a su padre, y a los demás familiares. Aprende a gustar de la autonomía y de una cierta soledad. Es la época de la ceremonia del corte de pelo, así se amplía aún más su horizonte social. Se le da un peinado y un vestido que lo marcan según su sexo.
- 10.6 El vagabundeo y la incorporación a la pandilla cumplen múltiples funciones. El niño aprende a gustar y a sacar provecho de la soledad. Toma contacto íntimo, sentimental y religioso con la naturaleza. En la pandilla toma un conocimiento más elaborado de su medio. Imita e interioriza toda la vida social de los adultos. En ella encontrará tal vez a la novia, a los amigos, parte de su futura posición social se juega. Estas actividades las lleva a cabo espontáneamente, sin la presencia de los mayores. Paralelamente a estas dos actividades —vagabundeo y pandilla— el niño trabaja (jugando o trabajando realmente) al lado de sus mayores. También participa de sus fiestas y celebraciones.
- 10.7 El pastoreo que es paralelo a la etapa anterior es el juego-trabajo más característico de esa época. Sintetiza tal vez mejor que las otras actividades las aspiraciones de los niños y las expectativas de los adultos.
- 10.8 Los valores que se priorizan son los siguientes: solidaridad, individualidad, competencia, división por sexo y edades, pragmatismo

(por eso un juego no lo entienden como mero juego sino como trabajo menor), primacía de nuestra familia y comunidad sobre el resto de la sociedad.

- 10.9 Los principales métodos y recursos de la socialización son: tomar el juego de los niños como trabajo; hacerse ayudar por ellos; dejarlos solos, ser permisivos, solemnes y formales, aplicar premios por las adquisiciones tangibles del niño (que si ayudó bien a ordeñar la vaca, que si ya se le ve grandecito, que si no se fatigó de la caminata...). Los castigos corporales en condiciones normales e ideales son raros y ceremoniosos. Los castigos morales consisten por lo general en una resonrada de la madre, en una crítica del padre o de los hermanos mayores; son, sí, más frecuentes que los anteriores.
- 10.10 Pero tal vez sea el trabajo la actividad que sintetice mejor todo el proceso de socialización. El niño aprende en un constante trabajo lúdico los valores de su sociedad y cultura.
- 10.11 El juego, el trabajo y la competencia. Si las actividades del niño son más espontáneas y del lado lúdico, a medida que avanza en la socialización, sus juegos van tomando un aspecto más laboral y competitivo. Así, será como los adultos, cuya sociedad y cultura se realiza en una dinámica de trabajo y de competencia, pero sin que por esto se pierda por completo el sentido lúdico, de placer y de imaginación.

Lima, 1989.